

Experiencias subjetivas de madres solteras por elección: vacíos emocionales, frenos pulsionales y alusiones de sacrificio

Subjective experiences of single mothers by choice: emotional voids, pulse brakes and sacrifice allusions

Ireri Ayala López

Fernanda Ruby Rosales Carlón

Flor de María Gamboa Solís

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

Resumen

Este artículo aborda la maternidad en soltería por elección, a partir del análisis de los testimonios de dos mujeres que deciden ser madres sin la participación de un varón. Se reflexiona, desde una perspectiva psicoanalítica y feminista, en torno a las experiencias subjetivas de cada una de ellas por medio de la deconstrucción de sus discursos y testimonios escritos. Entre los hallazgos de nuestra investigación destacamos tres aspectos fundamentales del proceso maternal de las participantes, que se traducen en los siguientes ejes de análisis: 1) vacíos emocionales, los cuales se estipulan en torno a una dinámica que comprende tanto el hecho del embarazo y del desembraso –alumbramiento- y

Abstract

This paper addresses single motherhood by choice, considering the analysis of the testimonies of two women who decided to become mothers without a man's participation. It reflects, drawing on a psychoanalytic and feminist perspective, upon subjective experiences of each one of the participants through discourse and written testimonies' deconstruction. Among the findings of our research, we highlight three fundamental aspects of the maternal process of the participants, which translate into the following axes of analysis: 1) emotional gaps, which are stipulated around a dynamic that includes both the fact of pregnancy and unpacking –delivery- and its unconscious meanings;

sus significados inconscientes; 2) frenos pulsionales, que remiten a la visión de la hija/o como un *taponamiento* del disfrute personal de la vida; y 3) alusiones de sacrificio que pautan una resignificación de las experiencias de la tensión vida familiar-vida profesional, así como de la naturaleza del vínculo emocional madre-hija/o, ambos, aspectos enclavados en el discurso dominante del afrontamiento que es dirigido socialmente a la maternidad y a las madres.

Se concluye que la maternidad en soltería por elección expone aspectos de la subjetividad maternal que abonan a la comprensión de la experiencia de maternidad más allá de lo instituido por el imaginario social, donde priva la creencia de que la familia tradicional es el único espacio idóneo para la crianza de infantes, y de que las madres solteras son únicamente víctimas.

Palabras clave

Maternidad en soltería por elección, psicoanálisis, subjetividad, feminismo, género.

2) pulse brakes, which refer to the vision of the daughter / or as a plugging of the personal enjoyment of life; and 3) allusions of sacrifice that guide a resignification of the experiences of the family life-professional life tension, as well as the nature of the emotional mother-daughter relationship, both aspects embedded in the dominant discourse of coping that is socially directed to motherhood and mothers.

The paper concludes that single motherhood by choice exposes aspects of maternal subjectivity that contribute to the understanding of motherhood experience beyond that which has been instituted by the social imaginary where it prevails the belief that traditional family is the only suitable space for children's upbringing, and that single mothers are only victims.

Keywords

Single mothering by choice, psychoanalysis, subjectivity, feminism, gender.

Introducción

La maternidad se ha planteado en términos de un ideal de la feminidad y, como tal, constituye un común denominador de representación cultural y social de las mujeres. Ser madre se sitúa como un acontecimiento psíquico en el que se regulan el amor, el deseo y la pulsión (López, 2017). No obstante, es un acontecimiento que, al involucrar la construcción que deviene de lo imaginario a lo simbólico, desde el punto de vista psicoanalítico, adquiere tonalidades distintas en cada mujer, y da lugar a un proceso por el cual emerge el deseo de ser madre, que es tributario también de significaciones distintas en la historia personal de cada mujer. No se es madre de la misma manera aun entre parientes femeninos de la misma familia, ni las mujeres viven la maternidad homogéneamente y con independencia de los ámbitos socioculturales a los que pertenezcan, de sus propias circunstancias identitarias —edad, estado civil, clase social, identidad sexual, etnia— y de la historia individual que teja la inscripción subjetiva de ese deseo de reproducción, de ese deseo de tener un hijo, una hija.

Avanzando aquí la concepción de la maternidad a la que nos adscribimos, y que resulta de la articulación sintética de los planteamientos de Silvia Tubert (1996), psicoanalista y feminista española, y de Cristina Palomar y María Eugenia Suárez (2007), investigadoras del Centro de Estudios de Género de la Universidad de Guadalajara, México, entendemos la maternidad como una construcción cultural multideterminada, definida y organizada por normas que se desprenden de las necesidades de un grupo social específico y de una época definida de su historia, conformando un fenómeno al que se aúnan discursos y prácticas sociales condensadas en un imaginario complejo y poderoso (imaginario patriarcal) que al mismo tiempo produce y resulta del esquema binario de género.

Tomando en cuenta esta concepción, lo que le es inherente a la maternidad es el hecho de ser una experiencia subjetiva y, como tal, se encuentra cruzada por diversas dimensiones conflictivas (contradicciones, ambivalencias, tensiones y encrucijadas) que se expresan de modos variados, mismos que están influenciados por las creencias y representaciones

que, con respecto al hecho de ser madre, abriga cada mujer que desea convertirse en madre, en conjunción con su deseo inconsciente. De esta conjunción nace lo que para la psicóloga británica feminista Wendy Ann Hollway se define como “subjetividad maternal” (2002: 30), esto es, “una función que no es natural sino simbólica y con ello sometida, se podría decir, a sus propias limitaciones, contradicciones, fracturas, ambivalencias y en general a todas las vicisitudes de los procesos intersubjetivos inconscientes” (Gamboa y Orozco, 2012: 68).

En este artículo nos proponemos analizar, desde la perspectiva del feminismo psicoanalítico (Irigaray, 1974/2007; 1977/2009), algunos componentes de la subjetividad maternal de madres solteras por elección, a partir de testimonios obtenidos de entrevistas abiertas que fueron aplicadas a dos mujeres-madre, habitantes de la ciudad de Morelia, Michoacán, y que eligieron la soltería en su ejercicio de maternidad. Estos dos casos fueron seleccionados a partir de redes personales de las autoras considerando que encajaban a la perfección dentro del perfil requerido para el tema de estudio porque las participantes mismas se autodefinen como madres solteras por elección.

En cuanto al aspecto metodológico, se parte de la metodología psicoanalítica que argumenta el valor científico de la singularidad que reviste el discurso de un sujeto, el caso por caso, así como el de la evidencia testimonial, en tanto posibilita la liberación de la palabra para recrear significados otrora coagulados en la subjetividad (Cancino, 2008). La investigación desde la perspectiva psicoanalítica no obedece a la lógica de las muestras representativas que se diseñan a partir de fórmulas matemáticas prestablecidas y mediante las cuales se elaboran criterios para validar o no el material empírico de estudio, así como su discusión y análisis. No es la cantidad de participantes lo que brinda confiabilidad al estudio, ya que no interesa *medir* la información, sino informar de manera explicativa lo que uno o dos casos desde su singularidad subjetiva y (des) involucramiento histórico puesto en discurso nos enseñan acerca del tema de estudio. El método psicoanalítico, como el propio Freud (1915) lo describe, es un camino que se recorre a partir de vestigios, de pistas, de rastros y fragmentos de palabras para acceder al sujeto del inconsciente,

entendido éste como efecto del lenguaje (Cancino, 2008). Atiende atentamente los elementos inconscientes que emergen en lo que dice un sujeto cuando habla, por lo cual tampoco es un método cualitativo en el sentido convencional que se le otorga a ese término en la investigación. Entonces, cuando aplicamos este método descubierto por Freud, abogamos por la posibilidad del advenimiento de la sorpresa, de lo inédito; de hallar antes que buscar en eso que es aparentemente similar o idéntico, de manera que esto se cuestione y aprehendamos algo nuevo.

A esta metodología se suma, como estrategia de análisis de un texto –testimonio–, la deconstrucción (Derrida, 1975); es decir, la estrategia de intervención crítica y posestructuralista que desestabiliza un texto a partir de descomponer la estructura del lenguaje dentro de la cual está redactado.

Los componentes de la subjetividad maternal a los que aludimos anteriormente y que prestan asidero a las reflexiones aquí vertidas son: 1) los vacíos emocionales, entendidos como sensaciones o sentimientos de soledad, de carencia de algo que no tiene explicación racional, pero que es sentido como perteneciente al territorio interno de lo aparentemente insondable. En la subjetividad maternal de madres solteras por elección estos vacíos se estipulan en torno a una dialéctica que inscribe la falta en el hecho del embarazo y en el del alumbramiento. Esto es, se está en falta tanto embarazada como desembrazada; de la posesión o desposesión del hijo/a, la cual se remite a la que expresa las vicisitudes de la mujer en tanto sujeto del inconsciente, la mujer en falta que habita en cada madre; 2) los frenos pulsionales, por los cuales debemos entender aquellos que sirven de límite al goce. Las madres solteras por elección hablan del hijo y de la hija en términos de un *taponamiento* del disfrute de la vida. Una vida que antes de la maternidad se pensaba asociada primordialmente a la diversión, a la fiesta, a los mandatos de la libertad y de la soberanía de hacer lo que se quisiera, pero la cual debe entrar en modo pausa y recato si es que quiere albergar un hijo/a. En cierta medida, esta visión del hijo o de la hija como freno al goce alude a la necesidad de una regulación psíquica que pone en tela de juicio la atribución falocrática de pasividad pulsional a la subjetividad femenina, y también a la tensión entre el ser y

el tener; y, 3) alusiones de sacrificio, que en tanto tal, plantean una resignificación del discurso social del afrontamiento que está presente en la manera en que estas madres experimentan la tensión vida familiar-vida profesional, así como en la definición de la naturaleza del vínculo emocional que establecen con sus hijas/os. Se explora cómo opera el discurso del amor maternal situado en el mito del sacrificio, tomando en cuenta que las dos madres solteras por elección de nuestra investigación, las dos profesionales, si bien no están exentas de la tensión que representa la compaginación o conciliación de la vida profesional y la vida familiar, sí la afrontan de una manera distinta en tanto para ambas, el ideal de feminidad, su ideal del yo, sí incluye al saber y a la realización profesional. Según nuestros hallazgos, las madres solteras por elección se viven como *todólogas* –creen saber de todo–. De tal manera que las contradicciones y tensiones que permean la posición sacrificial femenina típica, como el dar todo por las hijas/os, o siempre ponerlas/os en primer lugar, son resignificadas rompiendo así precisamente esa estructura discursiva sacrificial que plantea la anulación de sí como vía regia de afrontamiento de la maternidad en las culturas patriarcales. Y en cuanto al vínculo emocional madre-hija/o, y sus repercusiones psíquicas, éste se ve también trastocado en sus fundamentos psicológicos que lo presentan como una díada o célula narcisista (Spitz, 1998; Bowlby, 1998; Winnicott, 1975) que tiene que ser intervenida, rota, por la ley paterna para que se cumpla la ley de la prohibición del incesto mediante la cual se abre el espacio para la diferenciación singular de cada sujeto. Las madres de esta investigación operan esa ley sin la intervención de un padre.

Nos interesó esta particular figura de madre soltera por elección debido a dos razones. Primero, porque las madres solteras representan un fenómeno psicosocial que ha ido adquiriendo mayor prevalencia precisamente entre la población femenina profesional y, por lo tanto, amerita estudio. Cada vez un mayor número de mujeres profesionales eligen ser madres solteras, y ello levanta preguntas asociadas a la importancia que tiene para las mujeres ser madres, así como preguntas por el lugar que ocupa el hombre en la crianza de hijos/hijas, y por la función social y psíquica del padre dentro de la familia. ¿Hasta dónde es prescindible la

figura paterna, la presencia de un hombre/padre en la familia para una crianza idónea?

En segunda instancia, este tema nos llama la atención porque la maternidad en soltería propone otras formas de relacionalidad intersubjetiva que introducen un camino distinto para pensar en las dinámicas familiares contemporáneas, así como en la maternidad misma. ¿Qué tan viable social y psíquicamente es una familia encabezada por una madre soltera que decide así serlo? Los niños, las niñas, ¿necesitan realmente un padre físicamente presente para acceder a una estructura psíquica tal, que les permita convertirse eventualmente en seres autónomos y sujetos de la cultura, como dicta el objetivo de la crianza?

A pesar de que esta figura de la madre soltera ha comenzado a estudiarse, sobre todo en el marco de la discusión de las llamadas *familias monoparentales* (Jociles, Rivas, Moncó, Villamil, y Díaz, 2008), nuestro estudio no se circunscribe al análisis sistémico de ese tipo de familia, sino al ámbito de la subjetividad. Explora los significados inconscientes, las tensiones y contradicciones emocionales que estructuran la experiencia de madres solteras por elección, con la finalidad de abonar a la comprensión de la maternidad en aspectos que generalmente permanecen invisibles o rechazados porque son discordantes con el discurso que la ha institucionalizado como un tema de salud pública, como un asunto de la más alta estatura moral, y desde luego, como un deber ser de las mujeres. Permitir que la singularidad del proceso maternal hable a través de las propias mujeres, como es el caso de nuestro estudio, es irrumpir en esos imaginarios sociales y generar nuevos conocimientos y saberes que orienten a las mujeres a elegir libremente si quieren o no quieren ser madres y la mejor manera para ellas de hacerlo.

La identidad femenina: ayer y hoy. Hacia el nacimiento de la maternidad en soltería por elección

Los discursos religiosos, políticos y científicos dirigidos a la comprensión de la mujer emergieron con un poder reductor de la feminidad, ya que la mujer es representada como mero objeto de reproducción, colocándola

del lado de la naturaleza. Esto, con base en que la maternidad se localiza en el cuerpo de la mujer, pues la capacidad de dar a luz es algo biológico, o bien abogando por el llamado *instinto* maternal, hoy cada vez más erosionado. Desde la biología se piensa que la maternidad es aquello que permite la supervivencia y la evolución de la especie (Eisler, 1996; Tubert, 1996; López, 2017) y de ahí se naturaliza el deseo de hijo/a, como garante de la conservación de la especie humana y se responsabiliza a las mujeres que rechazan dicho deseo del peligro de nuestra extinción. Es muy común escuchar expresiones de asombro despectivo acompañadas de gestos de reprobación ante la noticia de que una mujer ha decidido no ser madre, por no mencionar las expresiones y frases sumamente violentas y estigmatizadoras cuando la mujer habla de abortar.

En mitos de la antigua cultura griega la mujer que era considerada de naturaleza bestial es peligrosa y traicionera y debe ser civilizada por el matrimonio (Pérez, 2011), y en Atenas, el deber de cada ciudadano era mantener las polis –recordemos que las mujeres no eran consideradas ciudadanas—, lo cual justificaba el poder del varón sobre la esposa –madre– bajo el argumento de que era recompensada con un puesto de honor en el hogar y una protección a los hijos/as. En Esparta el matrimonio se veía como unión de prueba con el objetivo de verificar si la esposa era capaz de concebir, ya que, de lo contrario, el matrimonio se anulaba sin que esto impidiera a la mujer volver a casarse con la esperanza de comprobar su fertilidad con un nuevo marido (Zelaya, Mendoza y Soto, 2015). Es evidente que la procreación y llevar a cabo la función de la maternidad sólo era posible a través del matrimonio, y que la mujer reconocida como tal es pensada, aún a principios del siglo pasado, como aquella dedicada al cuidado de sus hijos/as y del esposo, al cuidado de su hogar (Moncó, Jociles y Rivas, 2011). El famoso ícono femenino de la mujer como ángel del hogar, de gran expansión en España –y de otros países del sur de Europa– a mediados del siglo XIX (Aldaraca y Ramos, 1992), sirvió para someter a las mujeres a la obediencia del marido al tiempo que el sistema patriarcal encontraba en ese ícono un apuntalamiento eficaz de la narrativa burguesa que preserva a la familia como su institución más preciada.

Cristina Palomar y María Eugenia Suárez, especialistas mexicanas en el tema que nos ocupa, en su investigación *Entretelones de la maternidad. A la luz de las mujeres filicidas* (2007), donde hablan de las *malas madres*, plantean una pregunta: “¿cómo y sobre qué bases las representaciones de la maternidad actuales parecen seguir dejando fuera las experiencias completas de las mujeres que, con mayor frecuencia, atestiguan un ejercicio de la maternidad que ya no se ajusta con dichas representaciones?” (Palomar y Suárez 2007: 317), como la del ángel del hogar, justamente. Resulta una pregunta interesante porque empuja a pensar en el aguante que tienen las representaciones estereotipadas de la maternidad para sostenerse como lenguajes casi exclusivos y asideros simbólicos e imaginarios dominantes del ejercicio de esta práctica social fundamental de cuidado de otro/a.

Juliet Mitchell, feminista marxista británica de alta influencia en la reflexión de los entrecruces del patriarcado y el capitalismo, desarrolla la teoría de que ese carácter resistente de las representaciones de la maternidad –como de otras ligadas a la feminidad– tiene que ver con la construcción misma de la diferencia sexual, en la cual subyace un fondo de conservadurismo, y la cual está articulada directamente con las nociones biologicistas de la maternidad y, desde luego, con la familia: “La familia está continuamente cambiando sus formas económicas y sociales y sus funciones, sin embargo, ideológicamente está concebida como si fuera el centro estático de un mundo cambiante” (Mitchell, 1974/2002: 19). Y agrega que son las mujeres, “tanto en términos de su posición socio-económica dentro de la familia y de las construcciones psico-ideológicas que las predisponen a ocupar esa posición, quienes son adscritas como los depósitos de ese conservadurismo humano” (Mitchell, 1974/2002: 19).

Por lo tanto, aunque las maternidades contemporáneas, como las que analizaremos, no se ajusten cabalmente a las representaciones hegemónicas, no encuentran un camino totalmente limpio de expresión o de manifestación singular porque éste está poblado por los fantasmas de la ideología conservadora que le es inherente a la construcción de la feminidad y la masculinidad.

No obstante, es innegable que muchas feministas y mujeres, en general, en algún momento de su vida han albergado en su mente

preguntas en torno a su papel, su rol o su participación en los medios sociales y culturales, ya sea que esos cuestionamientos se asienten en claves de rebelión o en los de duda existencialista. Este cuestionarse les ha permitido adquirir, a través del tiempo, y en prácticamente todo el mundo, ciertos derechos políticos, económicos, sociales y culturales que antes les estaban negados. Esta lucha por conquistar nuevos espacios en el orden de lo reivindicativo ha tenido efectos y ha generado un impulso de cambio hacia unas relaciones socioculturales diferentes, en donde las mujeres han ido ganando más poder y dominio sobre su ser, su pensar, su decir, su hacer. Con estos nuevos espacios y relaciones las mujeres están conquistando la posibilidad de interrogar, crear y expresar de una manera más libre lo que les concierne, incluido su ejercicio de maternidad.

Con el paso de los años la tecnología ha avanzado a pasos gigantados, leyes y derechos han surgido y otros tantos se han modificado e incluso, algunas costumbres han sufrido transformaciones, pero ¿qué pasa con el tema de la maternidad?, ¿cómo ha sido modificado por la tecnología? Sea como una costumbre, una práctica social o una ley naturalizada cargada de prejuicio, de responsabilidad, la maternidad no ha sido definida o pensada desde la experiencia, por voz de la misma mujer (Palomar y Suárez, 2007), por lo que es fundamental recuperarla desde esos confines: como experiencia, como el potencial de relacionarse con la capacidad de reproducción, según lo plantea la feminista estadounidense lesbiana Adrienne Rich (1976).

Es evidente también que la situación social actual de las mujeres es diferente a la de épocas anteriores, y que su subordinación hoy no es la misma que existía antes (Colorado, Arango y Fernández, 1998). A partir de 1960, la mujer *ideal* se difumina, cambia a un ideal de autonomía que emerge debido a la independencia económica y la preparación académica que pueden obtener las mujeres antes de incursionar en el trabajo adecuado (Jociles *et al.*, 2008). Desde esta perspectiva, las mujeres en una mayor apropiación de su ser, crean un nuevo discurso que modifica su función y posición social y, por ende, un cambio en los lazos sociales. Las mujeres comienzan a tener incidencia activa en dichas transformaciones que se dan en sus lenguajes y hasta en sus actos. Muchas mujeres se resisten a

permanecer en roles y situaciones sociopolíticas e ideológicas fundamentadas en la jerarquía existente entre los sexos, hecho que las subordina.

Beatriz Moncó, María Isabel Jociles y Ana María Rivas (2011), investigadoras españolas, indican que entre los años 1970 y 1980 se configura el modelo *superwoman* para vanagloriar heroicamente a las mujeres que realizan dobles –o hasta triples– jornadas de trabajo: la que se desarrolla en el ámbito doméstico, cuidado intensivo del hogar, el esposo y los hijos/as; y la que aplica la fuerza de trabajo intelectual o física en el espacio laboral. Se trata de un nuevo modelo, ícono femenino que exagera la omnipotencia de las mujeres para esclavizarlas a las exigencias de la modernidad. Una mujer moderna, pareciera rezar el nuevo deber ser femenino, debe ser capaz de hacer todo y bien. Pero se dan cuenta, las mujeres agobiadas por el imaginario de la *superwoman* que están arrojadas a esa doble jornada, no siempre por voluntad propia, sino muchas veces por pobreza o por aspiraciones burguesas propias de la cultura moderna, que compaginar familia y carrera profesional es una ardua tarea donde el éxito es apenas alcanzable. A consecuencia de esto, las mujeres empiezan a buscar soluciones que oscilan entre renunciar a tener pareja, renunciar a tener hijos/as con sus parejas, y otras que, al contrario, se plantean como proyecto de conciliación familia-trabajo la posibilidad de tener hijos/as sin pareja.

Las mujeres que optan por esta última solución son producto de aquellas primeras familias –formadas por mujeres nacidas entre los años cincuenta y setenta– que comenzaron a cuestionarse –usualmente la madre– sobre la importancia de la educación de las hijas y la centralidad de los estudios para obtener un trabajo, y luego ingresos propios, que les posibilitara la construcción de autonomía e independencia –no dependientes de un varón–. Sin embargo, esto no abolió la idea de que la mujer no está completa si no cumple con la función de madre y forma una familia –punto del que se habla más adelante–. Lo cual nos remite nuevamente a la idea del conservadurismo ideológico propuesta por Mitchell (1974/2000), en cuanto a que existe un impulso al cambio, pero también un impulso a quedarse quieta.

Las mujeres hoy día, por lo menos una considerable mayoría de la que accede a la educación superior, tiene abiertos deseos de perseguir sus sueños profesionales y de *realizarse* en el horizonte del saber, pero no logran desprenderse completamente del gran Otro derrotero de cumplimiento de las aspiraciones de sí que es la maternidad. Esto implica que, aunque lleguen a ser mujeres exitosas en sus profesiones y encuentren placer en el despliegue de sus vidas laborales, la pregunta por la maternidad y sus míticas satisfacciones las ronda como si fuera un fantasma ineluctable. De manera informal se comunicó a una de las autoras de este artículo que la causa de deserción más prevalente entre la población estudiantil femenina de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo al 2018, es la maternidad. Este dato hace pensar que la maternidad tiene más poder que el saber y que ese poder no se localiza únicamente en los mandatos de género, sino en los entrecruces de éstos, en tanto construcciones simbólicas de la cultura, con el deseo inconsciente femenino. De ahí que no sea suficiente para desentronizar el poderío de la maternidad como aspiración identitaria femenina, el que las mujeres adquieran saberes mediante el estudio de teorías. La maternidad tiene el poder de desbancar al saber del posible lugar privilegiado que aspiramos ocupe en el horizonte de los ideales del yo de las mujeres.

En líneas más arriba se expuso que uno de los terrenos donde ha recaído el análisis de las maternidades en soltería por elección, es el de las familias monoparentales. Este tipo de familias se entiende como aquel conformado por sólo uno de los padres y uno o varios/as hijos/as, o sea, en donde hay ausencia del *otro progenitor*, por una situación sobrevenida a causa de separaciones/divorcios y/o viudez (Roca, 2010).

Las familias monoparentales derivadas de éstas han existido siempre, sólo que no se conocían con esta denominación (Reher, 1996, citado en Jociles *et al.*, 2008). Lo interesante en la actualidad es que ha surgido en la mujer un nuevo ideal sobre la familia donde la monoparentalidad no se adquiere a consecuencia de un divorcio, de una separación o de la muerte del cónyuge, sino que es una elección propia. Poco a poco se observan más mujeres solteras que recurren a métodos alternativos para formar una familia como lo es la adopción, la reproducción asistida y la

elección de mantener relaciones sexuales exprofeso -apartando al *padre* de la vivencia procreadora durante el embarazo y asimismo de la crianzando así lugar a la maternidad en soltería por elección.

Esta configuración de la maternidad derrumba de una vez por todas la idea de que la maternidad nace de una fuente instintiva, o que se encuentra alojada en una esencia femenina; hace insostenible que la maternidad sea algo completamente natural y ahistórico. La psicoanalista feminista española Silvia Tubert (1996) refiere que la construcción de la subjetividad maternal integra dos dimensiones: una, histórico social, en la que se pueden apreciar las configuraciones del imaginario colectivo con sus distintos ámbitos como son grupal, de clase, étnico, etcétera; y dos, la de la singularidad de cada sujeto. De ésta nos da cuenta el discurso de la literatura y el psicoanálisis, remitiéndonos al significado que tiene el cuerpo materno para las comunidades e individuos.

La misma autora referida arriba, en su texto *Figuras de la madre* (1996), da cuenta de la diversidad de características que engloban el concepto de maternidad. Lo que cada mujer quiere, siente y piensa son vivencias y experiencias subjetivas diferentes. Y las que encabezan las madres solteras por elección suelen estar ubicadas en mujeres de clase media y media-alta. Para estas mujeres, la maternidad supone un proyecto de vida en el cual no se visualizan en primer plano con una pareja, pero sí en una relación filial (Jociles *et al.*, 2008). Podríamos decir aquí que la mujer hace consciente el deseo de tener un hijo/a, y que, por lo tanto, la maternidad se traduce en un proyecto propio que tiene sentido y significado, es un punto de partida para la configuración de otro modo de ser madre, que expresa el fin de la categoría *madre* como algo natural, estable y dependiente del varón (Ávila, 2005; Caporale, 2005; Roca, 2010; Moncó *et al.*, 2011).

Pasaremos ahora a la exposición y análisis de los tres componentes de la subjetividad maternal de las madres solteras por elección.

Vacíos emocionales en la subjetividad maternal: el tamiz secuencial de la falta y el plus de completud

Como un fondo infinito, oscuro, subyace la sensación de un vacío que anticipa la emergencia del deseo de hijo/a en la experiencia de las madres solteras por elección. Es un vacío bordeado por la falta de algo que pareciera podría obtenerse con el advenimiento de un hijo/a. El testimonio de nuestras dos participantes, así lo manifiestan:

Mujer 1: “*como que ya hacía falta llenar ahora ese vacío que tenía*” –mujer de 29 años, con una hija de 1 año 3 meses; nuestras cursivas–.

Mujer 2: “yo siento que a mí me *faltaba* eso de ser mamá para sentirme un poquito más complementada” –mujer de 27 años, con 31 semanas de embarazo a la fecha de la entrevista; nuestras cursivas–.

El primer testimonio aborda la falta en claves de un futuro anterior, que es la modalidad temporal que permite que la clínica psicoanalítica se despliegue secuencialmente (Delgado, 2014) para admitir el reconocimiento y valor transformativo subjetivo de la contingencia. Es decir, la conducción de la cura en un proceso analítico parte de la premisa de que el pasado y el futuro no son homólogos, ni lineales; que el pasado no hace futuro; que lo que se fue no será indefectiblemente, sino que entre ambos hay un agujero, un vacío que es posible bordar con la introducción de algo nuevo, de algo antes inexistente. La peculiaridad fundamental del futuro anterior es que incluye el valor modal de la probabilidad. La probabilidad de que el acontecimiento anterior, al otro acontecimiento futuro, puede ocurrir en el futuro, estar ocurriendo en el presente o haber ocurrido ya. “Ya hacía falta llenar ahora el vacío...” plasma muy claramente esa secuencia temporal, la cual inscribe el deseo de ser madre como una posibilidad de nombrar lo que falta y lo que faltó, pero además de revestir a la hija -la mujer 1 tiene una hija- con el supremo poder de llenar un enorme y profundo vacío. No es raro, pues, que muchas madres se resistan al crecimiento y partida de casa de sus hijas/os porque, con esa partida, las dejan partidas, regurgitando el vacío que deja la ausencia de eso que las llenaba hasta cierto punto con plenitud.

La misma frase referida anteriormente tiene también otro sentido si la puntuamos a la letra de otra manera: “Ya hacía falta, llenar ahora el vacío...”. Este otro sentido que emerge está ligado al poder engendrador de la falta, en tanto, como lo remarca el psicoanálisis, la falta es el motor del deseo, y el deseo es el motor de la vida: llenar el vacío provoca, incita, la emergencia de la falta, y no eliminación de ésta, como se suele pensar desde las visiones apriorísticas del ser humano, entre las que destaca la tradición humanista (Martínez-Herrera, 2007). Esta tradición asienta las bases de su teoría en la noción de autocrecimiento, lo que significa que el ser humano crece a partir de la superación de sus faltas, las cuales están asidas a su estado de vulnerabilidad y fragilidad inicial.

De menor profundidad y enormidad parece ser el vacío que viene a llenar la hija/o en la experiencia de la mujer 2: “yo siento que a mí me faltaba eso de ser mamá para sentirme un poquito más complementada”. No habla de una completud total, como homogéneamente se imagina sería el efecto subjetivo que causa tener una hija/o: la total plenitud. El margen de falta que se expone en la afirmación de la mujer 2 y por el cual se matiza el significado dominante de la maternidad, al decir “sentirme un poquito más complementada”, deja entrever que hay otros espacios de la feminidad, otros poquitos, que no están disponibles para la maternidad, que ésta es una de tantas otras opciones que pueden operar como brújulas del deseo femenino, pero no la única.

Lo que este trozo de testimonio revela es precisamente la inconsistencia de las representaciones dominantes, institucionalizadas de la maternidad, las que han intentado colonizar la identidad femenina para impedir que advenga la mujer como sujeto de deseo. Se podría decir que esta mujer que está a punto de ser madre es consciente de que su deseo de tener un hijo/a no la llenará por completo, y qué afortunado que lo esté. Tanto ella como su criatura se verán beneficiados por la medida de ese deseo, ya que lo que más necesita un hijo, una hija, para convertirse en un sujeto singular y en su propio ser, es que su madre tenga su propia vida, la de ella y que la maternidad no la llene por completo.

Para Lacan (1956), la falta que surge a través de la relación con el otro se convierte en el deseo del otro en una búsqueda por obtener su

propio deseo: “yo sentía esa necesidad de *tener* un bebé, de *tener* a alguien conmigo, de *tener* algo que salió de mí” (mujer 1). Es muy interesante la reiteración de este verbo ¿de dónde proviene esa obsesión femenina de tener?

Desde la dialéctica fálica del ser y tener que el psicoanálisis nos enseña, no estaríamos tan desacertadas en plantear que esa obsesión de tener proviene de la inscripción subjetiva de la imagen de un cuerpo que está en falta, de un sexo al que le falta algo, que es como se representa al sexo femenino en los sistemas de pensamiento occidentales, incluido el psicoanálisis: cuerpo atrofiado, mutilado, incompleto.

Lo femenino, es entonces establecido por oposición a lo masculino, es su negativo, el reverso, una otredad inexpugnable y temida. Lo femenino es lo que no es, o lo que no se debe ser, un lugar proscrito que convoca el horror, el rechazo, el escarnio y la vergüenza (Martínez-Herrera, 2007: 89).

Y desde la lógica falocrática que marca estas representaciones abyectas del sexo femenino, se convoca la famosa envidia de pene porque tener el falo equivale a ser (completa, poderosa). Tener un pene o lo que lo suple simbólicamente –hijo, poder, saber- se vuelve deseable para la mujer porque es así como se podría tener todo lo que imagina le falta para ser. Tener para ser, porque ser mujer no es suficiente en sí mismo como estatuto ontológico en su propia (in)suficiencia. No se es –mujer– sin tener un hijo/a.

La obsesión femenina de tener que se alza en el significado de la maternidad responde, entonces, a la necesidad de exorcizar el fantasma del cuerpo mutilado, incompleto que anida en la subjetividad de las mujeres que deciden ser madres solteras.

Otro eje de análisis de los vacíos emocionales de la subjetividad maternal surca la vivencia de vacío que deja en las mujeres el alumbramiento del hijo/a, pero a nivel de la carne.

Una vez que el hijo nace y se completa esa falta, inmediatamente aparece una nueva falta que se vive como un vacío en el vientre, ese vientre protector, resguardador de vida:

Se siente un gran vacío, un gran vacío, porque, pues, tantos meses trayendo a alguien dentro de ti... entonces, el que ya no esté,

pues, sí, yo siento que significa una pérdida... yo sí me sentía solita ya, aunque físicamente ya lo tienes contigo, pero, pues, este en tu cuerpo ya no lo sientes (Mujer 1).

El vacío emocional también comporta una pérdida y la introducción de un agujero: “Yo siento que se siente un vacío, hueca, como que dices ¡uff! se desprende algo de ti” (Mujer 1). En términos parecidos lo menciona la mujer 2: “ya nada más caminan y ya, ya se van, pues, desprendiendo de ti y ya no los tienes tan así” (mujer 2).

Sólo se puede desprender de sí mismo algo que se cree como pertenencia, que está en la propia carne. Sin embargo, la hija/o sólo ocupa lugar en el vientre temporalmente, lo cual genera angustia en estas madres, pues pareciera que el alumbramiento fuese equivalente a la soledad, a un nuevo vacío. Esta exposición al agujero que deja en la carne el alumbramiento del hijo nos hace pensar en la dificultad de las mujeres por construir una imagen de sí donde el cuerpo no esté mutilado; un cuerpo autosuficiente y completo. Esta imagen distorsionada del cuerpo propio es a la que las reivindicaciones feministas desde hace décadas apuntan en términos de apropiación del cuerpo. Es decir, a que el cuerpo de las mujeres sea determinado por ellas mismas, a partir de la gestión autónoma de sus propios usos y placeres.

¿Cómo evitar que las madres se sientan agujeradas en la carne tras el alumbramiento del hijo, de la hija, si lo que piensan de su cuerpo tiende a convocar la atrofia, la falta, la incompletud?

Así, para las madres solteras por elección, los vacíos emocionales que se alertan en su experiencia subjetiva maternal tienen que ver con las inscripciones del cuerpo, de la carne, de lo que significa encarnar un cuerpo femenino representado en la cultura como carente. La carne del cuerpo femenino de las madres solteras por elección está atravesada por un orden procreativo unívoco, es decir, en el que no cuenta la participación de otra carne, la carne masculina, con lo cual se potencia la angustia por sentir que se habita en una carne débil.

Frenos pulsionales. Cuando la hija, el hijo, se presta como límite al goce

Freud (citado por Ambriz, 2005) confiesa que es poco satisfactoria la comprensión respecto a los procesos de desarrollo psíquico de la niña, pues está lleno de lagunas y de sombras, sus aportaciones dan pie a la gran influencia que el psicoanálisis tiene sobre el fenómeno de la maternidad.

La madre en un inicio es objeto de deseo para ambos sexos, esto es determinante para las estructuras inconscientes, así como la vida sexual del infante y posteriormente del hombre o la mujer, pues definen su forma de ver la vida, así como su conducta. Freud nombra como psicosexuales las etapas del desarrollo, pues tienen predominio las pulsiones sexuales en la formación y el desarrollo de la personalidad, menciona que el infante “trae consigo impulsos sexuales en germen, que, después de un período de desarrollo, van sucumbiendo a una represión progresiva, la cual puede ser interrumpida a su vez por avances regulares del desarrollo sexual o detenida por particularidades individuales” (Freud, 1905/1976: 43). Siguiendo esta línea, Freud explica cómo la niña sobrelleva el complejo de Edipo, haciendo hincapié en las repercusiones que trae consigo una inadecuada salida o entrada al mismo.

El complejo de Edipo es sobrellevado de diferente manera por el niño y por la niña, y para lo que compete en este artículo, nos centraremos en explicar a detalle sólo el proceso que vive la niña. En un inicio, existe una vinculación con la madre, en tanto primer objeto de amor. La niña, al descubrir la diferencia anatómica de los sexos, reconoce una castración, desarrollando molestia por la inferioridad ante el varón por su posesión de pene. Miriam Ambriz explica cómo esta inferioridad deriva en tres caminos en la evolución hacia la feminidad:

- “el extrañamiento de la sexualidad que deriva en la renuncia del clítoris como zona erógena y por lo tanto al quehacer fálico”.
- “la retención de la masculinidad amenazada, bajo la esperanza de llegar a tener un pene (complejo de masculinidad)”.
- “una configuración femenina, es decir toma al padre como objeto” (Ambriz, 2005:162).

Al tomar al padre como objeto la niña llega al complejo de Edipo, éste es resultado de la castración. Cuando la niña descubre que no tiene pene se torna complicada la relación con su madre, pues la culpa por la pérdida, pero al mismo tiempo también la ama. Esta fase es difícil de superar, ya que la permanencia en el Edipo es indefinida, se produce un conflicto que nunca se resuelve completamente, a diferencia del niño, quien sí tiende a resolverlo. La no resolución del Edipo genera efectos profundos en la vida emocional de la niña, desarrollando dificultades en la generación del superyó -estructura psíquica supresora de los impulsos, conciencia moral-.

“[...] hacía travesuras, no me portaba bien, fui muy noviera, rebelde [...], me dejaba llevar por experimentar y más liberal” (mujer 2).

Freud menciona como consecuencia psíquica:

[...] rasgos de carácter que la crítica ha enrostrado desde siempre en la mujer -que muestra un sentimiento de justicia menos acendrado que el varón, y menor inclinación a someterse a las grandes necesidades de la vida; que con mayor frecuencia se deja guiar en sus decisiones por sus sentimientos tiernos u hostiles (Freud, 1905: 124).

La mujer se deja llevar por sus pulsiones, por el placer del goce.

A diferencia del niño, en la niña no existe una amenaza real, pues no tiene nada que perder, ya está castrada. Saal (1998, citada en Ambriz, 2005: 163) menciona que “aparece una especie de defecto intrínseco que incapacita a la mujer para los deslizamientos por sublimación y le cierra los caminos para la resolución del complejo edípico”. Cuando la niña resuelve *bien* el complejo de Edipo se identifica con la madre y por ende se posiciona en la falta. Pero aquí entendemos que, al no resolver por completo dicho complejo, hay problemas al establecer el superyó, si existe un deseo por obtener el falo –o sea un hijo– pero no hay la identificación con la madre, el hijo en estos dos casos en particular viene a sucumbir el placer.

Una de nuestras participantes menciona: “[...] ya no soy tan libre” (mujer 1), ‘no’ a generar el placer en sí por obtener el falo, a limitar el goce del que ya ha sido suficiente, “ya pasé varias etapas de mi vida en las que lo disfruté [...] ya viví lo que tenía que vivir” (mujer 1); “yo ya disfruté mucho, ya viví mucho, conocí, experimenté, entonces, pues, dices..., hay

un momento en el que dices tengo ganas y quiero ser mamá” (mujer 2). Esto remite a un deseo inconsciente:

se puede anhelar un hijo para revivir la propia infancia en él o para darle precisamente lo que ella no tuvo. Puede desear tener un hijo por rivalidad con otras mujeres, o para retener a su marido o por necesidades de status o por cualquier otra cosa actual (Langer, 1999, citado por Manzo, Vázquez, Jacobo y Tenorio, 2011: 2-3).

El cumplir con la maternidad implica un freno a la libido, implica terminar con una vida llena de placeres ubicados en el registro de la ilusión de hacer lo que se quiera, pero mal vistos ya que no están cumpliendo con el rol de mujer-madre, pero aquí es de donde ellas se prenden para hacerse escuchar. En las entrevistas realizadas a las dos mujeres para esta investigación, en la pregunta ¿cuál es el rol de una mujer?, una de ellas responde lo siguiente:

El rol de una mujer lo que la mujer haya elegido en su entorno y en su vida, si decide trabajar y salir de casa ese es su rol, lo que la mujer decida ese es su rol, la mujer es la que puede embarazarse y tener un hijo (mujer 2).

Pero la mujer 2 siente que ya fue mucho... mucho disfrute y entonces surge el deseo de ser madre ¿será que ya disfrutó tanto que es tiempo de padecer? pues ser madre requiere sacrificio, como ellas mismas lo comentan –tema del que hablamos en el siguiente apartado—. “Anteriormente, que *no sentía ningún ser en mí*, podía hacer lo que *yo quisiera*” (mujer 1; nuestras cursivas). Este fragmento nos parece un tanto extraño, pero valiosísimo para mostrar que la maternidad trabaja en el campo del vacío de ser, por lo cual se entiende que resulte en una gran fuerza de subjetivación de sí para las mujeres. Si no se siente el ser propio antes de la maternidad es porque el ser femenino ha sido condicionado y reducido a la maternidad justamente. La única manera de sentirse y de llegar a ser –mujer–, como se arguye en el popular dictum feminista: *no se nace mujer, se llega a serlo*, parecería ser a través de ser madre.

Por otra parte, este mismo fragmento nos lleva a preguntar ¿cómo podría entenderse que la libertad es viable cuando no se es? ¿qué se puede hacer lo que se quiera en tanto no se sea? ¿qué clase de libertad puede ser esa que no abarca al ser? Tomando en cuenta el énfasis que

pusimos en la partícula ‘yo’ para deliberadamente darle al enunciado un giro hacia la forma de un enigma, no nos queda otro remedio que voltear hacia el debate de la identidad en el que el psicoanálisis ha participado señalando, en primer término, que el ‘yo’ no equivale al ser. Por lo tanto, hay algo del ser que no está capturado en el yo y que entre el ser y el yo hay una división, lo cual ayuda a despejar una primera parte del enigma. Sí es posible que el yo se sienta libre de hacer lo que quiera en tanto el ser está vacío. Pero esto no significa que el ser esté realmente vacío, sino que su condición de existencia está cosida a otra cosa en la cual el yo no se reconoce, y para saber a cuál, es necesario apoyarnos en una de las formulaciones elegantes de Lacan respecto a la división del sujeto: “pienso donde no soy, soy donde no pienso” (Lacan, 1966: 86). Esto quiere decir que el yo, el que piensa, no reconoce su ser porque está alienado al Otro, y dicha alienación resulta de la imagen especular a la que ese otro —fundamentalmente la madre— presta soporte de unidad. El ser fragmentado, incompleto, con el que todos y todas somos arrojadas al mundo, se unifica a partir del yo, y por eso somos donde no nos pensamos porque hay un yo que nos resuelve esa fragmentación inicial, aunque sea de manera ficcional o ilusoria y que nos hace creer que eso que somos es lo que existen cuando enunciamos ‘yo’.

Ahora, a pesar de que estas ideas teóricas podrían aplicar igual a sujetos femeninos y masculinos porque apuntan al origen de la estructura psíquica, y ésta no se concibe como sexuada desde un inicio, lo cierto es que su universalización deja fuera las particularidades del ‘yo’ femenino. Un yo que apenas se está gestando dado que los sistemas teóricos predominantes hasta la actualidad, incluido el psicoanálisis, han sido elaborados por los puntos de vista de los varones y eso implica que son ciegos a la diferencia sexual (Irigaray, 1974).

Sin extendernos ya más en el punto anterior, lo que queremos establecer es que una de las consecuencias de ese modo indiferente a la diferencia sexual que empuja la teoría sobre la identidad y el yo en psicoanálisis, es que la división entre el ser y el yo del sujeto femenino, a diferencia de la que ocurre entre el ser y el yo del sujeto masculino, impone a las mujeres una división entre la sexualidad y la maternidad,

donde la primera se asocia al placer -hacer lo que se quiera- y la segunda al ser -por estar vacío antes del embarazo—. Esto es, que el ser femenino no se construye en torno a la búsqueda singular de una existencia que en libertad elija realmente lo que quiera, sino que lo que se quiere -o desea- como mujer colinda con el advenimiento de la maternidad.

El vacío emocional, del ser, que podríamos decir resulta de haber claudicado en la búsqueda del placer, en realidad deviene de experimentar mucho, de disfrutar mucho, o por lo menos, más de lo que se podría soportar: “yo ya disfruté mucho, ya viví mucho, conocí, experimenté...” (mujer 2); “Ya se acabó, no se acabó, pero ya no puedo andar tome y tome ni modo de andar en las fiestas embarazada” (mujer 2). Si le atribuimos cierto matiz de queja a estos enunciados, se haría visible lo que en psicoanálisis se concibe como goce. Un término polisémico en la obra sobre todo de Lacan (1975), pero que en pocas palabras se refiere a la experiencia de un placer insoportable, un placer que rebasa el umbral de lo digerible y que coloca al sujeto en la cumbre del dolor, en el pico de la exasperación y dentro de los linderos de la muerte. Frente a esto, una de las salidas para el alivio implica la emergencia de un nuevo deseo: “ahora era mi deseo el ser mamá, *me ganó ese deseo* de ahora ser mamá, ya lo deseaba” (mujer 1, nuestras cursivas), el cual permite que el sujeto se recupere para sí, se gane por el deseo que lo habita, pues recordemos que el deseo es el motor de la vida y un freno al goce.

Ser madre, entonces, se torna en un límite al goce: “el poder dar vida a otro ser y ser madre creo que es el... el límite, el tope, el máximo, es complemento” (mujer 2), y simultáneamente se gana el acceso a otro tipo de libertad mucho más fecunda que aquella que se cree haber perdido: “ya no puedo ser libre como era antes” (mujer 1). Aunque hay que tener presente que ni la libertad de la que se cree disfrutar porque se carece aparentemente de límites ni la maternidad entendida como el arribo a un punto máximo de realización, son viables sino en claves imaginarias. Esto es, se encuentran sostenidas en creencias que derivan de significaciones imaginarias sociales y específicamente de las que colindan, por un lado, con el discurso de la psicología del yo, que según lo concibe la socióloga marxista Eva Illouz (2007), siguiendo al psicoanalista turco Cornelius

Castoriadis (1997), es nuestro *magma* contemporáneo, lo que se entiende como “una forma imaginaria que penetra en toda la sociedad, que la une y que no puede reducirse a sus componentes” (Illouz, 2007: 226), y por la cual le damos sentido al yo y a nuestro modo de relación con los otros/ otras. La psicología del yo como magma cultural desarrolla la creencia de que el yo se puede autonomizar y ser dueño y señor de sus decisiones siempre y cuando aplique correctamente, asertivamente, su libre albedrío. Y, por otro lado, tenemos el discurso social de la maternidad, en el que ciertamente se reproduce la forma imaginaria de que tener un hijo significa llegar al tope, al máximo de la realización de las mujeres.

Podemos así concluir que estas mujeres comparten su deseo por frenar lo que consideran un exceso y por incorporar a su ser algo más, un algo que, aunque toma otra dirección, la que conduce hacia la maternidad, tampoco estará exenta de sus propias ataduras a los ordenamientos culturales, a otras formas magmáticas que pesan como idealizaciones en las maternidades de todo tipo, incluidas las que eligen la situación de soltería para ejercitarla, como es el que ordena el sacrificio.

De esto sacrificial hablaremos en el siguiente apartado.

Alusiones de sacrificio para acceder al *complemento* de la feminidad

Ambriz (2005) en su tesis nos explica que el rol de la maternidad está provisto de ideales interpuestos por la cultura que se traducen en un deber ser, y entre ellos, de particular importancia, el que vela por la reproducción del sacrificio, por una maternidad sacrificial. “La cultura se ha encargado de enaltecer la proeza sacrificial como puesta en acto del amor” (Orozco y Gamboa, 2011: 2). El sacrificio es un índice del amor maternal, ya que sirve para medirlo, sopesarlo, y en ese sentido, en nombre de ese amor, se ha idealizado el sacrificio como paradigma de su audacia y heroísmo, como lo muestra el testimonio de una de nuestras participantes: “ya disfruté, ahora es tiempo de sacrificarme porque el ser madre implica dar de todo, todo lo que esté en tus manos, dar mucho amor porque a veces no se puede dar todo” (mujer 2). Entre más el ser femenino repliegue sus

propios disfrutes, mejor madre será porque dar todo va más allá de una voluntad, es una exigencia interpuesta a la figura materna que desprende otro tipo de disfrutes, más o menos esclavos de lo que en psicoanálisis se conoce como narcisismo.

¿De dónde nace la idea de que el deber materno precisa sacrificio? Tanto para el psicoanalista francés Lucien Israël (1979) como para Cristina Palomar y María Eugenia Suárez (2007), el índice sacrificial interpuesto a la figura materna tiene bases mitológicas que están sembradas en un imaginario de raigambre transhistórico y transcultural.

El proceso de la construcción social de la maternidad establece la generación de una serie de mandatos relativos al ejercicio de la maternidad, encarnados en los sujetos e instituciones reproducidos en los discursos, las imágenes y las representaciones, produciendo, así, un complejo imaginario maternal, basado en una idea esencialista con respecto a la práctica de la maternidad [...], dicho imaginario es transhistórico y transcultural, y se conecta con argumentos biologicistas y mitológicos (Palomar y Suárez, 2007: 313).

Por su parte, Lucien Israël plantea en tono denunciativo:

[...] desde luego esta dimensión narcisista del amor materno queda desconocida en la glorificación de las madres. Que las animales hembras se sacrifiquen por sus crías es posible, que los machos puedan hacerlo es probable. Que los hombres y las mujeres lo hacen, es seguro. El culto materno explota esta virtualidad. La mentira empieza con la proposición: todos los padres pueden sacrificarse por sus hijos, que se convierte en: todas las madres se sacrifican por sus hijos. El alcance tan grande de esta mentira se debe sólo a que muchas madres se la creen. El mito se refuerza así con verdaderos circuitos de reverberación. La sociedad asigna a la mujer la maternidad como realización de ella misma. Ciertas mujeres asumen la maternidad a condición de que esté marcada de heroísmo (Israël, 1979: 108).

Es innegable que el sacrificio más celebrado e idealizado es el que está ligado a la figura materna. Las frases más contundentes que se escuchan en casi cualquier familia portando la palabra sacrificio tienen que ver con los reclamos maternos a los hijos e hijas que se han rebelado a ser tragados por ese amor maternal, o bien que, buscando su propia vida, olvidan a ratos que tienen madre, se les acusa de ingratitud: *y yo tanto que me sacrifiqué por ti, y tú me pagas así*. Recordemos también el famoso

juicio salomónico atesorado en la Biblia, que comprende la situación de un hijo que es disputado por dos madres, en virtud de que una de ellas ha perdido al suyo y que, resistiéndose a aceptar dicha pérdida, recurre a un engaño: hacer pasar al hijo muerto como si fuera de la otra madre. La sentencia salomónica dicta partir al niño a la mitad con una espada y entregarle una parte a cada madre. La madre verdadera del niño se niega a acatar el dictado y suplica al rey Salomón que el niño sea entregado entero a la otra madre; en tanto que la madre impostora se dispone a acatar la sentencia. Una cede a favor del hijo, otra, a favor de sí.

En este apartado, al analizar la vivencia de maternidad a través del discurso de nuestras dos participantes, se revela que llevarla a cabo en soltería no es una tarea sencilla, pues implica un sacrificio donde se tiene que dar mucho de sí,

implica muchos riesgos, mucho sacrificio, mucha responsabilidad, ponerse bien las pilas para todo [...] muchos esfuerzos, porque requieren de mucho tiempo, o sea ya prácticamente *ya toda tu vida es para ellos*, para lo que ella ocupa, para lo que ellos necesitan (mujer 1, nuestras cursivas).

Este testimonio, si se escucha –lee– con atención, nos permite dar cuenta de que la manera en que las mujeres conciben la maternidad está impregnada de una idea de renuncia mayúscula a la propia vida, de un sacrificio a la individualidad, y también es palpable, paradójicamente, el gran esfuerzo, proeza, que conlleva realizar ese sacrificio: muchos esfuerzos, mucho tiempo, prácticamente mucho de todo, como si esto fuera realmente posible, o si se presumiera posible, ¿a qué costos?

Actualmente, la mujer se abre paso a nuevos retos en la configuración de una familia y a aparentes nuevas formas de libertad en tanto ahora puede en teoría elegir si quiere ser madre o no, y la manera de serlo. La elección de ser madre en soltería es uno de esos retos: “deseaba ser madre soltera” (mujer 2). Para estas madres el papel de sacrificio se juega en otra dimensión, ya que implica más que sólo cuidar, dar amor y protección, pues sin un varón –esposo/pareja– a su lado que provea económicamente, dividen su tiempo entre la familia y el ámbito profesional para así darle al hijo, a la hija, todo lo que está a su alcance y lo mejor que se pueda: “tratar de darle lo mejor, pues para darle todo lo que... pues lo necesario,

lo necesario que ella ocupa” (mujer 1); “sí tratar de echarle muchas ganas de hacer lo mejor que se pueda conmigo, con mi hijo, [...] mientras esté a mi alcance y en mis manos pues ahí va a tener todo” (Mujer 2).

Tanto en estos testimonios, como en los señalados líneas más arriba, se pueden escuchar claramente ecos de heroísmo. Y esto nos hace pensar hasta qué punto las madres solteras por elección están veladamente movidas por esa ambición heroica que erosiona el espíritu de un deseo de transformación de sí, de ser otra mediante la maternidad, a favor de la exaltación de una proeza yoica, que redundará en abono para el narcisismo, el cual, en breve, es el encargado de secuestrar al *yo* para apartarlo del lazo social con otros, con otras. Un *yo* muy engrandecido, repleto de sí mismo, es incapaz de voltear a ver al otro, a la otra, y el riesgo con las madres narcisistas, las que dan *todo*, es que el hijo o la hija puede ser tomado como estandarte de ese grandor de sí misma, impidiendo así que ese hijo o hija sea reconocido en su propia diferencia, diferenciado de la madre, situación que, huelga decir, puede derivar en la configuración de una psicosis como el autismo. Y aunque no abordaremos a este tema porque excede los intereses de este trabajo, sí cabe señalar que el problema de las madres narcisistas ha sido identificado principalmente en el trabajo clínico con niñas y niños que desarrolla el psicoanálisis. Liora Stavchansky (2012), psicoanalista mexicana ilustra este aspecto al plantear que cuando un niño o una niña llega al consultorio puede hacerlo en calidad de falo imaginario, es decir como un trozo de carne de la madre, y no como una carne diferenciada. Cuando el niño o la niña llega como falo imaginario, la postura de la madre -con tendencias narcisistas-, con o sin palabras es la siguiente: “tú, niño, no puedes hacer nada que yo, madre, no haya dispuesto previamente para ti, tú eres mi objeto” (2012: 12). Desde luego esta visión de la autora no distingue madres, no nos aclara qué tipo de madres -casadas, divorciadas, solteras, solteras por elección, entre otros muchos- son las más propensas a tratar a sus hijos, hijas como un trozo de su propia carne, pero sí nos señala que ese trato remite a uno de tres posibles lugares -falo *imaginario o simbólico*, síntoma o espectro- que ocupa el niño o la niña cuando llega al consultorio para ser tratada(o), y que

de todos esos lugares, el de falo imaginario, es uno de los más riesgosos porque está vinculado a la psicosis precisamente.

Mediante esta generalización, no queremos *acusar* a las madres solteras por elección de ser automáticamente narcisistas y luego, inadecuadas para la crianza, pues en teoría cualquier tipo de madre, en determinadas circunstancias psíquicas y de su propia historia de vida, podría serlo. Lo que sí queremos es enfatizar el hecho de que ser madres solteras por elección no necesariamente excluye la posibilidad de que inconscientemente se abriguen tendencias narcisistas y que los hijos, las hijas carguen con las consecuencias. Restaría, por supuesto, estudiar clínicamente a hijos e hijas de madres solteras por elección para tener un panorama más cierto de esa correlación.

Aunado a lo anterior, un punto más que ilustra el sacrificio que se juega en la maternidad en soltería elegida está patente en el siguiente testimonio: “ya no hay salidas, ya no hay paseos, ya no hay diversión, ya no tan libre, ya no puedo ser libre como era antes, [...] como que uno va quedando a un lado” (mujer 1). Ciertamente este tipo de quejas las escuchamos también de otras madres, incluso casadas, porque están engarzadas a los lenguajes prescriptivos con los que se representa y piensa la maternidad en sociedades como la nuestra, y en los que suele machacarse la pérdida de libertad como una de sus consignas morales, como un deber ser, se debe perder libertad si se quiere ser una buena madre, parecería rezar la consigna. Así que no nos sorprenden. Sin embargo, algo particular de estas protestas que sí resulta novedoso se ubica en el último trozo donde se alude a una posición un tanto marginal de la mujer, la cual, parecería emerger de manera *natural* al ejercicio de la maternidad. Una de nuestras participantes dice irse quedando a un lado, aunque no dice a un lado de qué o de quién.

Este vacío de saber nos empuja a proponer de manera especulativa que ese lado que no está definido a partir de nada ni nadie podría corresponder al espacio donde puede habitar la mujer que respira en la madre, y que con ello, esa cierta marginalidad no sería enteramente negativa, o tendría un carácter de relegación, sino uno benéfico en la medida en que abonaría a la mediación psíquica que es necesaria para que se cumpla la

ley de la prohibición del incesto, la ley de la cultura por excelencia (hija/o no yacerás con tu madre; madre no reintegrarás tu producto). Es vital que cada quien, madre e hija/o ocupen su propio lugar, en su respectivo espacio relacional para que sea el deseo y no el sacrificio el que mueva el motor de ese vínculo tan fundamental en la vida de todo sujeto. La madre poniéndose en su lado, de su lado, es decir, avalándose, y ese gesto de ratificación de sí posibilita que pueda avalar a la hija/o, ponerse de su lado, defenderle, y habilitarle para ser un sujeto deseante. Esto promueve que la pérdida de libertad que se gana con la maternidad adquiera otro significado. Ya no es una pérdida estéril que se complace únicamente en la queja o que se ensalza en ella, o una pérdida forzada a ser vivida como sacrificio en apego al deber ser de toda buena madre. Este *quedarse a un lado* supone una pérdida que gana a un nuevo sujeto para la cultura -hija/o- y a una mujer que libera una maternidad estimulante y generosa.

Condicionantes de la maternidad en soltería: el valor del saber y la autonomía económica

Un último aspecto que queremos desarrollar más allá de los tres ejes centrales de nuestro análisis redundante en las condicionantes –o prerrequisitos– de la maternidad elegida en solitario. Nos parece que es importante mostrar algunas coincidencias y discrepancias entre nuestros hallazgos y los que arrojan otras investigaciones dedicadas al mismo tema.

La mujer llega a esta elección de ser madre soltera al considerar *completas* dos cuestiones que para ella son de suma importancia: en primer lugar, el desarrollo profesional. El deseo de tener un hijo/una hija se presenta posterior a cierta consolidación profesional, lo cual expone el poder que estas madres otorgan al saber, pues como lo manifiestan en sus testimonios, el *saber* permite la llegada a una nueva percepción de la vida dando lugar a una situación que posibilita la independencia de un varón, y más allá, cuestionan la dicotomía madre/esposa, abriendo caminos hacia otros lugares de vivir el ser mujer.

Ya terminando mi carrera, pues, dije ya igual, ya me sentí realizada como profesional, entonces, como que ahora era mi deseo el ser mamá, entonces, como que ya tenía una etapa de mi vida el

acabar mi carrera y, entonces, como que me ganó ese deseo de ahora ser mamá (mujer 1)

“yo que ya terminé mi carrera [...]” (mujer 2). Ciertamente es importante destacar el hecho de que las madres solteras por elección, en su recorrido por los laberintos de su ser, tocaron primero las puertas de la vocación y el deseo de saber, haciendo saber con ello que es importante prepararse profesionalmente antes de ser madres porque esa preparación les permite acceder a cierta autonomía económica y personal, acceder a la toma de decisiones.

La segunda condicionante de la elección de la maternidad en soltería es la estabilidad económica, tal como alude el siguiente testimonio:

Y ya no es tanto el que digas una inconciencia de mi parte porque, pues, igual ya tengo algo seguro, no, o sea no te puedes aventar así a tener... a traer un bebé al mundo si no tienes una base, una estabilidad, para poder precisamente mantenerla, para sacarla adelante y que no carezca, pues, de muchas cosas que en este momento, [...] *he sabido salir adelante yo sola porque más que nada ellos se sienten con este, con el orgullo de decir que una necesita más que nada de su ayuda monetaria, y hasta ahorita yo no he necesitado de eso* (mujer 1, nuestras cursivas).

Tomando en cuenta ambas condicionantes: desarrollo profesional y estabilidad económica, vemos que las madres de nuestra indagatoria entran muy bien en la categoría de madres solteras por elección que ha sido definida por Ma. del Mar González Rodríguez (2008) de la Universidad de Sevilla, España, en su investigación pionera sobre monoparentalidad, titulada: *Madres solas por elección. Análisis de la monoparentalidad emergente*, que es citada por la también investigadora española Rosa Frasset (2016):

mujeres autónomas y con recursos, de entre 35 y 45 años, mayoritariamente solteras y con estudios universitarios, laboralmente activas, económicamente solventes y que viven solas con sus criaturas, resaltando que la estabilidad laboral y la solvencia económica era tanto el prerrequisito para plantearse la maternidad en solitario como uno de los elementos centrales para su legitimación. (2016: 45)

En contraste con esta interesante coincidencia entre la situación de las madres solteras por elección españolas y la de las mexicanas –mihoacanas-, queremos resaltar una discrepancia en cuanto a la percepción que tienen las mexicanas del papel que juega el hombre en su decisión y

la que tienen las españolas. Mientras para las españolas, según el estudio de María Isabel Jociles y Fernando Villaamil (2012), el proyecto familiar no está expresamente encaminado por una actitud antimasculina y niegan que quieran desafiar el papel del hombre:

Por ello, las MSPE, en general, desarrollan estrategias con las que buscan legitimar (Bock, 2000) sus decisiones mediante la negación expresa de que quieran desafiar el papel del hombre o de que haya una actitud antimasculina en el origen de sus proyectos familiares (2012: 728),

nos parece que las mexicanas insinúan otra cosa.

Siguiendo las cursivas destacadas en el testimonio anterior, parecería que las madres mexicanas solteras por elección sí están subjetivamente impregnadas por un desafío al orgullo viril que está articulado a la provisión económica. En tanto a través de su afirmación dejan entrever que su saber acerca de la autonomía económica está tejido a otro saber que tiene que ver con el monopolio masculino de la vida económica en los proyectos familiares, y el orgullo viril que de él deriva, el cual, ellas cuestionan. Pues, aunque sabemos que ese monopolio ha ido desgastándose por la estructura laboral en general y por la cada vez más creciente participación de las mujeres en la esfera económica debido a la precarización de la vida, entre otros factores, en el imaginario social persiste la idea de que los hombres son quienes ostentan ese deber en tanto ser proveedor es un elemento fundamental de la masculinidad.

Podríamos concluir que el prerrequisito de la solvencia económica para plantearse la maternidad en solitario está configurado subjetivamente en función de una operación contradictoria: negar que los hombres son los únicos capaces de la provisión económica, y afirmar que las mujeres saben salir adelante solas.

Conclusiones

Arribar a este último apartado del artículo nos obliga a cerrar la discusión de los tres ejes de reflexión que desarrollamos, aunque como todo cierre, siempre será provisional y dejará abiertos otros caminos para seguir reflexionando.

En primer término, los vacíos emocionales. Tal parece que las madres solteras por elección, al igual que madres que lo son o han sido de otra forma, sienten que tener un hijo o una hija, removerá un vacío. Sin embargo, a diferencia de otro tipo de madres, las de nuestro estudio introducen en su lectura del vacío una brecha de probabilidad en términos de que verdaderamente el hijo o la hija pueda llenarlas. Es probable, pero no es seguro. Y, por otra parte, al referir que la maternidad adviene como un plus de completud, exponen que no todo en ellas estaba incompleto antes de la maternidad, con lo cual impulsan un cuestionamiento a la creencia de que las mujeres que no son madres siempre estarán vacías.

Enseguida, los frenos pulsionales. Las madres solteras por elección de nuestro estudio elaboran un examen breve de su vida antes y después de la maternidad; en éste prevalece la idea de que antes de ser madres podían disponer de todo su tiempo para dedicarlo a lo que quisieran enfatizando las actividades de recreación, ocio, entretenimiento y diversión. Cuando se refieren a su vida después de la maternidad hablan el lenguaje del deber en donde el hijo, la hija adquiere el significado de un tapón o un freno a ese -así sentido- derroche de placer y libertad. Pensar que hay que frenar o parar los alcances de esa pasión que rebasa los límites establecidos por el modelo psico-ideológico de la -toda- buena madre y de la mujer *decente* alentado por el conservadurismo patriarcal, colocando un hijo, hija como tapón, es evocativo de la opresión emocional que viven las mujeres en la búsqueda de sus proyectos de realización subjetiva. Como si siempre tuvieran que renunciar a algo de sí en aras de conseguir algo para sí. El hecho de que, en esta sociedad organizada falocéntricamente, se conceda poco espacio al reconocimiento de las mujeres como sujetos de deseo, y se les mantenga asidas a su condición de objetos de deseo para gobernarlas mejor, provoca que las madres solteras por elección visualicen su vida antes de la maternidad como una vida desregulada. Lo anterior resulta interesante ya que muestra que la maternidad puede operar como una regulación al goce y no siempre como una consumación y consumo del deseo femenino. Aunque faltaría indagar acerca de los nuevos tipos de placeres a los que acceden las madres solteras por elección, por el hecho mismo de la elección, o en la crianza, si dar un paseo con su bebé, por

ejemplo, las divierte, les proporciona felicidad, si jugar con sus hijas/os es motivo de alegría. Esto queda abierto para otra investigación.

En cuanto a las alusiones de sacrificio en la experiencia de maternidad de las madres solteras por elección, están ligadas a resignificaciones del discurso sacrificial que domina las formas de sentir y pensar el afrontamiento de la maternidad. Una de dichas resignificaciones está plasmada en la dimensión del vínculo emocional madre-hija/hijo, que parece estar tejido con fibras menos opresivas y de menor subordinación a la ley paterna. Son madres que entienden el sacrificio como un quedarse de lado, que sin embargo tiene muy importantes y favorables consecuencias para cumplir idóneamente con la labor de la maternidad. Quedarse de lado no porque las hagan a un lado, sino porque captan que para que el hijo/hija devenga en su propia persona, y pueda entrar al orden cultural por el que nos humanizamos, ellas tienen que hacerse a un lado, abrir un espacio. La pérdida de libertad que suele estar implícita como consigna en el discurso del sacrificio y que sí hacen expresa las madres en sus discursos termina resultando en una ganancia. No quiere decir, empero, paradójicamente que el sacrificio como aparente renuncia radical de sí, esté completamente ausente de las experiencias subjetivas de estas madres. Las marcas más fuertes de este magma cultural de manipulación de la maternidad están presentes en las concepciones que tienen acerca del amor maternal, el cual es descrito en claves de cierto heroísmo y proeza. A partir de sus testimonios al respecto, no es posible dejar de observar por lo que el psicoanálisis nos enseña, que son madres que podrían estar enganchadas menos a deseos de transformación de sí, y más a tendencias narcisistas, las cuales fomentan estilos de crianza que pueden ser riesgosos para las criaturas. Pero tampoco se puede negar que el saber, la profesión, las ha dotado de mayores posibilidades de elegir cómo quieren ser madres y que el impacto de sus tendencias narcisistas en la vida psíquica de su hijos/as tendrá que ser valorado en una investigación específica.

Para cerrar, es importante comentar que la perspectiva que tienen las madres solteras por elección en torno a la solvencia económica que es uno de los prerequisites para haberse planteado la maternidad en solitario, recoge ciertos matices de desafío al orgullo viril que nos hace

pensar que algo de la elección que pusieron en juego para ser madres solteras está conectada con su percepción acerca del papel que juegan los hombres en los proyectos familiares como proveedores exclusivos de la solvencia económica. Sin embargo, es un desafío que no alcanza a convertirse en una postura antimasculina, ni actitud revanchista puesto que se entrevera con una afirmación de sus propias capacidades para proveer económicamente lo necesario para sus hijas/os. Es una perspectiva que introduce un planteamiento distinto para desmontar una vieja dicotomía de género asociada a la división sexual del trabajo. Estas madres niegan a los hombres el monopolio de la provisión económica y afirman que las mujeres saben salir adelante solas.

La maternidad en soltería por elección abre nuevos derroteros para pensar en el costado subjetivo de la experiencia maternal de las mujeres contemporáneas que, a pesar de haber cumplido el sueño de la vida vocacional a través de una profesión, desean ampliar el horizonte de su realización personal a través de la procreación sin la presencia de un varón, y de alta importancia, sin victimizarse. Muestra que la maternidad también es una vocación y por lo tanto se elige y que el hecho de que sea una experiencia transbiológica implica que puede ser pensada y desplegada de manera singular por cada mujer con todo y sus opacidades.

No obstante, estos nuevos derroteros no están exentos de contradicciones, ambivalencias y tensiones que son producto de la encarnación de las significaciones imaginarias que predominan de manera conservadora en la construcción de la diferencia sexual y de las identidades de género.

Referencias bibliográficas

- Aldaraca, B. y Ramos, V. (1992). *El ángel del hogar. Galdós y la ideología de la domesticidad en España*. Madrid, España: Visor.
- Ambriz, M. (2005). *Construcción del rol de maternidad y su relación con la formación de la identidad genérica femenina en la cultura mexicana*. Tesis de licenciatura, Instituto de Ciencias de la Salud, Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, Hidalgo, México.
- Ávila, Y. (2005). Mujeres frente a los espejos de la maternidad: las que eligen no ser madres. En: *Desacatos*, (17), pp. 107-126.
- Bowlby, J. (1998). *El apego y la pérdida*. Barcelona, España: Paidós.
- Cancino, P. (2008). *La investigación en psicoanálisis*. Rosario, Santa Fé, Argentina: Editorial Homo Sapiens.
- Caporale, S. (2005). *Discursos teóricos en torno a las maternidades: una visión integrada*. Madrid, España: Entinema.
- Castoriadis, C. (1997). *Un mundo fragmentado*. Buenos Aires, Argentina: Altamira.
- Colorado, M.; Arango, L. y Fernández, S. (1998). *Mujer y feminidad*. Antioquia, Colombia: Editorial Dirección de Cultura de Antioquia.
- Delgado, O. (2014). El futuro anterior y la identificación. En: *Virtualia*, 28, pp. 1-4.
- Derrida, J. (1975). *De la gramatología*. México: Siglo XXI.
- Doménech, B. (2007). *El deseo de un hijo en la literatura psicoanalítica*. Tesis de doctorado, Facultad de Filosofía, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, España.
- Eisler, R. (1996). *El cáliz y la espada; la mujer como fuerza en la historia*. Santiago de Chile: Cuatro Vientos.
- Frasquet, R. (2016). Entre la individualización y la relacionalidad. Discursos y prácticas de madres solteras por elección en Barcelona. En: S.O. Francés y D. Nilo (comps.), *Familias monoparentales en transformación. Monoparentalidades transformadoras* (pp. 39-50). Barcelona, España: Copalqui Editorial.
- Freud, S. (1905). Tres ensayos de la teoría sexual. En: *Obras Completas de Sigmund Freud*, 7. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu, 1976.
- Freud, S. (1915). Pulsiones y destinos de pulsión. En: *Obras Completas de Sigmund Freud*, 14. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu, 1976.
- Gamboa, F. y Orozco, M. (2012). De madres e hijas y nuevas maternidades. En: *Revista de Estudios de Género la Ventana*, 4 (36), pp. 50-86.
- González, M. (Coord.) (2008). *Madres solas por elección. Análisis de la monoparentalidad emergente*. Sevilla, España: Instituto de la Mujer.
- Hollway, W. (2002). From motherhood to maternal subjectivity. En: *International Journal of Critical Psychology*, 2, pp. 13-38.

- Illouz, E. (2007). *Intimidades congeladas. Las emociones en el capitalismo*. Buenos Aires, Argentina: Katz.
- Irigaray, L. (1974/2007). *Espéculo de la otra mujer*. Madrid, España: Akal.
- Irigaray, L. (1977/2009). *Ese sexo que no es uno*. Madrid, España: Akal.
- Israël, L. (1979). *La histeria, el sexo y el médico*. Barcelona, España: Toray-Masson.
- Jociles, M.; Rivas, A.; Moncó, B.; Villaamil, F. y Díaz, P. (2008). Una reflexión crítica sobre la monoparentalidad: el caso de las madres solteras por elección. En: *Portulari* 8 (1), pp. 265-274.
- Jociles, M. y Villaamil, F. (2012). Madres solteras por elección: representaciones sobre la fecundación sexual como vía de acceso a la maternidad. En: *Chungara* 4 (44), pp. 717-731.
- Lacan, J. (1956). *Seminario 4: La relación de objeto*. Buenos Aires, Argentina: Paidós, 1995.
- Lacan, J. (1958). *Seminario 6: El deseo y su interpretación*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Lacan, J. (1966). *Escritos 1*. México: Siglo XXI.
- Lacan, J. (1975). *Seminario 20: Aun*. Buenos Aires, Argentina: Paidós, 1988.
- López, M. (2017). *Relación madre-hija: una perspectiva psicoanalítica. ¿qué consecuencias psíquicas tiene para algunas mujeres la relación con su madre?* Tesis de maestría, Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, Universidad de Antioquia, Antioquia, Colombia.
- Manzo, M., Vázquez, I., Jacobo, M. y Tenorio, B. (2011). Maternidad y paternidad: una reflexión desde el psicoanálisis. En: *Uaricha Revista de Psicología*, 8 (16), pp. 1-11.
- Martínez-Herrera, M. (2007). La construcción de la feminidad: la mujer como sujeto de la historia y como sujeto de deseo. En: *Actualidades en Psicología*, 21, pp. 79-95.
- Moncó, B.; Jociles, M. y Rivas, A. (2011). Madres solteras por elección: representaciones sociales y modelos de legitimación. En: *Nueva Antropología*, 74 (24), pp. 73-92.
- Mitchell, J. (1974). *Psychoanalysis and feminism*. London, Inglaterra: Penguin, 2000.
- Orozco, M. y Gamboa, F. (2011). De un sendero sacrificial surcado de goce. En: *Affectio Societatis*, 8 (14).
- Palomar, C. y Suárez, M. (2007). Los entretelones de la maternidad. A la luz de las mujeres filicidas. En: *Estudios Sociológicos*, 2 (25), pp. 309-340.
- Pérez, I. (2011). *Mito y género en la Grecia antigua tantálidas, labdácidas y dardánidas*. Tesis Doctoral, Universidad de Salamanca, Facultad de Geografía e Historia. Departamento de prehistoria, Historia Antigua y Arqueología.
- Rich, A. (1976). *Of woman born. Motherhood as experience and institution*. London, Inglaterra: W.W. Norton & Company.
- Roca, N. (2010). El proceso de desinstitucionalización de la vida familiar: La maternidad/paternidad en solitario por opción en España. Ponencia presentada en el X

- Congreso Español de Sociología: “Treinta años de sociedad, treinta años de sociología”, Universidad Pública de Navarra, Pamplona.
- Spitz, R. (1998). *El primer año de vida del niño*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Stavchansky, L. (2012). *Tejiendo la clínica. Entre el niño y el Otro*. México: Paradiso.
- Tubert, S. (1996). *Figuras de la madre*. Valencia, España: Cátedra.
- Winnicott, D. (1975). *El proceso de maduración en el niño*. Barcelona, España: Laia.
- Zelaya, C.; Mendoza, J. y Soto, E. (2015). *La maternidad y sus vicisitudes*. Lima, Perú: Cauces Editores.

Ileri Ayala López

Mexicana. Pasante de la carrera de psicología por la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo. Actualmente labora en el Instituto Mexicano del Seguro Social. Líneas de investigación: estudio de la salud y familia. Correo electrónico: ireri.al.tt@gmail.com

Fernanda Ruby Rosales Carlón

Mexicana. Pasante de la carrera de psicología por la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo. Se desempeña como operadora telefónica en la Secretaría de Seguridad Pública, C5-i en el área del 9-1-1 –línea de emergencias–, en apoyo psicológico a personas en crisis y asesoría a víctimas de violencia. Líneas de investigación: género y familia. Correo electrónico: fer.ruby.rr@gmail.com

Flor de María Gamboa Solís

Mexicana. Doctora en estudios de género por la Universidad de Sussex, Inglaterra; maestra en psicología de la educación, perspectiva psicoanalítica por el Instituto Michoacano de Ciencias de la Educación, en Morelia, Michoacán y licenciada en psicología clínica por la Universidad Autónoma de Querétaro. Profesora-investigadora de la Facultad de Psicología de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo. Líneas de investigación: Violencia de género, maternidad y subjetividad, feminidad y diferencia sexual. Correo electrónico: florgamboa@yahoo.com

Recepción: 30/01/2019
Aprobación: 13/05/2019